



(Memorias de John Ranbet)

POR

JULIÁN J. BERNAT

(Continuación)

—Mañana, de dos á tres vo'veré aquí.

—A esa hora le espero.

—Muy bien. Ahora Sir X... tenga usted mucho cuidado; no sea cosa que le falsifíquen también al ministro de Su Graciosa Majestad.

—Se burla usted de mí!

—Dios me libre!... Hasta mañana, puro. Sir X...

Hasta mañana.

Salió Sherlock Holmes, y Sir X... se sentó al lado de una mesa, donde permaneció pensativo un buen rato.

Al día siguiente, á eso de las dos de la tarde, se presentó Sherlock Holmes.

Sir X... creyó notar algún cambio en su cara, y hasta le pareció que la estatura de su visitante no era la misma que el día anterior. Sin embargo, no dijo nada.

Después de contestar al saludo del recién llegado le invitó á tomar asiento y, pidiéndole permiso, se ausentó á su escritorio y escribió algunas líneas en un papel. Tocó luego un timbre, y al criado que acudió al llamado le entregó el papel diciéndole:

—Déle esto á mi secretario y dígale que haga en seguida lo que le he encargado.

Algo pareció inquietarse Sherlock Holmes, pero permaneció en la silla sin pro-

nunciar en aquel rato una sola palabra.

Sir X... fué quien, sentándose frente á él, rompió el silencio con estas palabras:

—Dispense usted que haya duda de su identidad; pero creo no dejará de comprender que en mi situación todas las precauciones son pocas.

—Me pongo en su caso y comprendo y disculpo sus desconfianzas.

—Ahora estoy plenamente convencido de que es usted Sherlock Holmes.

—Al fin!

—Hablemos, pues, y aconséjeme usted qué debo hacer para libertar á mi hija.

—Ya lo comprenderá usted, sir X... que yo no he perdido el tiempo. Entre las muchas cosas que he hecho en este asunto, una de ellas ha sido interceptar la correspondencia que á usted le dirigían esos canallas.

—Y esa correspondencia...

—Mañana se la traeré. Esos miserables le pedían por el rescate de su hija la suma de cincuenta mil libras esterlinas.

—Mucho es; pero á todo estoy dispuesto con tal de que me entreguen pronto á Sabinina.

En este momento se abrió la puerta y apareció un sirviente con una carta que entregó á Sir X... Este la abre y lee en seguida sin poder reprimir el asombro que la lectura le causaba, asombro del que no se apercibió Sherlock Holmes por hallarse muy ocupado examinando atentamente al sirviente que acababa de entrar con la carta.

Repuesto de su sorpresa, dijo Sir X...:

—Que pase.

Y volviéndose hacia Sherlock Holmes, agregó:

—Es un joven argentino que me ha recomendado el ministro inglés para secretario, pues el mío se marcha á Inglaterra. Con su permiso voy á indicarle lo que tiene que hacer y en seguida continuaremos.

Entró el nuevo secretario, cuyo semblante examinaron detenidamente Sir X... y Sherlock Holmes.

Después de los saludos, el dueño de casa hizo sentar en su escritorio al recién venido y, después de ordenarle le pusiera en limpia algunas cartas, volvió á sentarse fren-

